



La y creación artística Latina y El Caribe

Gabriel García Márquez

paguetis y los gusanos de seda, y como lo la brujula.

Desde el descubrimiento, se ha distinguido para crear. Uno de mis libros favoritos de mi viaje en torno del globo, del italiano Magallanes en su expedición a la Patagonia dice que vio en el Brasil unos pájaros que no hacían nidos porque no tenían patas, y eran empollaban sus huevos en la espalda. Y otros que solo se alimentaban de los gigantes. Dice que vio cerdos con el ombligo fuera grandes cuyos pechos parecían una lengua. También habló de un animal que muela, cuerpo de camello, patas de elefante. Fue Pigafetta quien contró la historia de un gigante de la Patagonia, y de como éste un prole cara reflejada en un espejo que lo

INCREDIBLES DE LOS QUE CREYERON
No es sin duda la más bella, la más extraña historia. Buscando ese territorio fantástico, cada conquistó casi la mitad del territorio de Francisco de Orellana descubrió el río más extraño es que lo descubrió al derecho - es abeceras hasta la desembocadura - que se descubren los ríos. El Dorado, como el legendario un enigma para siempre. Como dice mil llamas cargadas cada una con mil despachadas desde el Cuzco para pagar el que nunca llegaron a su destino. La realidad dice menos de un siglo, cuando una misión laborar el proyecto de construcción de un canal en el istmo de Panamá, concluyó que el canal con una condición: que los ríes no se era un metal muy difícil de conseguir en la zona de oro. Tanta credulidad de los conquistadores después de la fiebre metafísica de la literatura de las novelas de caballería. Sólo una aventura de Alvar Núñez Cabeza de Vaca años para llegar desde España a México a y es el sur de los Estados Unidos, en una zona se comieron unos a otros, hasta que sólo los originales. El incentivo de Cabeza de Vaca, la vida del Dorado, sino algo más noble y eterna juventud.

En las novelas donde había ungüentos para curar a los caballeros, Gonzalo Pizarro no entraron en Quito, en el siglo XVI, que muy pronto con tres mil artesanos dedicados a trabajar en cuyo palacio real había una escalera de marfil rodeado por leones con cadenas de oro. Salvo que le contaron un cuento semejante en el que descubrió el Océano Pacífico. Gonzalo a especial, pero el tamaño de su credulidad a expedición que armó para buscar el reino de los 4.000 indios, 150 caballos y más de mil a caza de seres humanos.

QUE NO CABE EN EL IDIOMA
Es el que nuestra realidad desmesurada es el de la insuficiencia de las palabras. No, lo más lejos que puede llegar un lector algo tan grande como el Danubio, que tiene un canal que se imagine, si no se le describe, la que tiene 5.500 kilómetros de longitud, no se alcanza a ver la otra orilla, y es más cuando nosotros escribimos la palabra pensamos en relámpagos y truenos, pero no viendo el mismo fenómeno que nosotros

queremos representar. Lo mismo ocurre, por ejemplo, con la palabra lluvia, en la Cordillera de los Andes, según la descripción que hizo para los franceses otro francés llamado Javier Marimier, hay tempestades que pueden durar hasta cinco meses. "Quienes no hayan visto esas tormentas - dice - no podrán formarse una idea de la violencia con que se desarrollan, durante horas enteras los relámpagos se suceden rápidamente a manera de cascadas de sangre y la atmósfera tiembla bajo la sacudida continua de los truenos, cuyos estampidos repercuten en la inmensidad de la montaña. La descripción está muy lejos de ser una obra maestra, pero bastaría para estremecer de horror al europeo menos crédulo.

De modo que sería necesario crear todo un sistema de palabras nuevas para el tamaño de nuestra realidad. Los ejemplos de esa necesidad son interminables. F.W. Up de Gradd, un explorador holandés que recorrió el alto Amazonas a principios de siglo, dice que se encontró un arroyo de agua hirviendo donde se hacían huevos duros en cinco minutos, y que había pasado por una región donde no se podía hablar en voz alta porque se desataban aguaceros torrenciales. En algún lugar de la costa Caribe de Colombia yo vi a un hombre rezar una oración secreta frente a una vaca que tenía gusanos en la oreja, y vi caer los gusanos muertos mientras transcurría la oración. Aquel hombre aseguraba que podía hacer la misma cura a distancia, siempre que le hicieran la descripción del animal y le indicaran el lugar en que se encontraba. El 8 de mayo de 1902, el volcán Mont Pelé, en la Isla Martínica, destruyó en pocos minutos el puerto de Saint Pierre y mató y sepultó en lava a la totalidad de sus 30.000 habitantes. Salvo uno: Ludger Sulvaris, el único preso de la población, que fue protegido por la estructura invulnerable de la celda individual que le habían construido para que no pudiera escapar.

Sólo en México había que escribir muchos volúmenes para expresar su realidad increíble. Después de casi 20 años de estar aquí, yo podría pasar todavía horas enteras, como lo he hecho tantas veces, contemplando una vasija de frijoles saltarines. Racionalistas benévulos me han explicado que su movilidad se debe a una larva viva que tiene dentro, pero la explicación me parece pobre: lo maravilloso no es que los frijoles se muevan porque tengan una larva dentro, sino que tengan una larva dentro para que puedan moverse. Otra de las extrañas experiencias de mi vida fue mi primer encuentro con el Ajolote (xolotl). Julio Cortázar cuenta, en uno de sus relatos, que conoció el ajolote en el Jardín des Plantes de París, un día en que quiso ver los leones. Al pasar frente a los acuarios - cuenta Cortázar - soslayé los peces vulgares hasta dar pronto con el axolotl. Y concluye: "Me quedé mirándolo por una hora, y salí, incapaz de otra cosa. A mí me sucedió lo mismo, en Pátzcuaro, sólo que no lo contemplé por una hora sino por una tarde entera, y volví varias veces. Pero había allí algo que me impresionó más que el animal mismo, y era el letrero clavado en la puerta de la casa: "Se vende jarabe de Ajolote".

4. EL CARIBE: CENTRO DE GRAVEDAD DE LO INCREIBLE
Esa realidad increíble alcanza su densidad máxima en el Caribe, que, en rigor, se extiende (por el norte) hasta el sur de los Estados Unidos, y por el sur hasta el Brasil. No se piense que es un delirio expansionista. No es que el Caribe no es sólo un área geográfica, como por supuesto lo creen los geógrafos, sino un área cultural muy homogénea.

En el Caribe, a los elementos originales de las creencias primarias y concepciones mágicas anteriores al descubrimiento, se sumó la profusa variedad de culturas que confluyeron en los años siguientes en un sincretismo mágico cuyo interés artístico y cuya propia fecundidad artística son inagotables. La contribución africana fue forzada e indignante, pero afortunada. En esa encrucijada del mundo, se forjó un sentido de libertad sin término, una realidad sin Dios ni ley, donde cada quien sintió que le era posible hacer lo que quería sin límites de ninguna

clase; y los bandoleros amanecían convertidos en reyes, los prófugos en almirantes, las prostitutas en gobernadoras. Y también lo contrario.

Yo nací y crecí en el Caribe. Lo conozco país por país, isla por isla, y tal vez de allí provenga mi frustración de que nunca se me ha ocurrido nada ni he podido hacer nada que sea más asombroso que la realidad. Lo más lejos que he podido llegar es a trasponerla con recursos poéticos, pero no hay una sola línea en ninguno de mis libros que no tenga su origen en un hecho real. Una de esas trasposiciones es el estigma de la cola de cerdo que tanto inquietaba a la estirpe de los Buen Día en Cien años de soledad. Yo hubiera podido recurrir a otra imagen cualquier, pero pensé que el temor al nacimiento de su hijo con cola de cerdo era la que menos probabilidades tenía de coincidir con la realidad. Sin embargo, tan pronto como la novela empezó a ser conocida, surgieron en distintos lugares de las Américas las confesiones de hombres y mujeres que tenían algo semejante a una cola de cerdo. En Barranquilla, un joven se mostró en los periódicos: había nacido y crecido con aquella cola pero nunca lo había revelado, hasta que leyó Cien años de soledad. Su explicación era más asombrosa que su cola. "Nunca quise decir que la tenía porque me daba vergüenza", dijo. "Pero ahora, leyendo la novela y oyendo a la gente que la ha leído, me he dado cuenta de que es una cosa natural". Después, un lector me mandó el recorte de la foto de una niña de Seúl, capital de Corea del Sur que nació con una cola de cerdo. Al contrario de lo que yo pensaba cuando escribí la novela, a la niña de Seúl le cortaron la cola y sobrevivió.

Sin embargo, mi experiencia de escritor más difícil fue la preparación de El otoño del patriarca. Durante casi 10 años leí todo lo que me fue posible sobre los dictadores de América Latina, y en especial del Caribe, con el propósito de que el libro que pensaba escribir se pareciera lo menos posible a la realidad. Cada paso era una desilusión. La intuición de Juan Vicente Gómez era mucho más penetrante que una verdadera facultad adivinatoria. El doctor Duvalier, en Haití, había hecho exterminar los perros negros en el país, porque uno de sus enemigos, tratando de escapar a la persecución del tirano se había escabullido de su condición humana y se había convertido en perro negro. El doctor Franela, cuyo prestigio de filósofo era tan extenso que mereció un estudio de Carlyle, cerró a la república del Paraguay como si fuera una casa, y sólo dejó abierta una ventana para que entrara el correo. Nuestro Antonio López de Santana cortó su propia piel en funerales espléndidos. La mano cortada de Lope de Aguirre navegó río abajo durante varios días, y quienes la veían pasar se estremecían de horror, pensando que aún en aquel estado aquella mano asesina podía blandir un puñal. Anastasio Somoza García, padre de Luis y Anastasio Somoza Debayle, también presidentes de Nicaragua, tenía en el patio de su casa un jardín zoológico con jaulas de dos compartimientos: en uno estaban encerradas las fieras, y en el otro, separado apenas por una reja de hierro, estaban sus enemigos políticos. Maximiliano Hernández Martínez, el dictador Teósofo de El Salvador, hizo forrar con papel rojo todo el alumbrado público del país para combatir una epidemia de sarampión, y había inventado un péndulo que ponía sobre los alimentos antes de comer, para averiguar si no estaban envenenados. La estatua de Morazán que aún existe en Tegucigalpa es en realidad del mariscal Ney: la comisión oficial que viajó a Londres a buscarla, resolvió que era más barato comprar esa estatua olvidada en un depósito, que mandar a hacer una auténtica de Morazán.

En síntesis, los escritores de América Latina y el Caribe, tenemos que reconocer, con la mano en el corazón, que la realidad es mejor escritor que nosotros. Nuestro destino, y tal vez nuestra gloria, es tratar de imitarla con humildad, y lo mejor que nos sea posible.